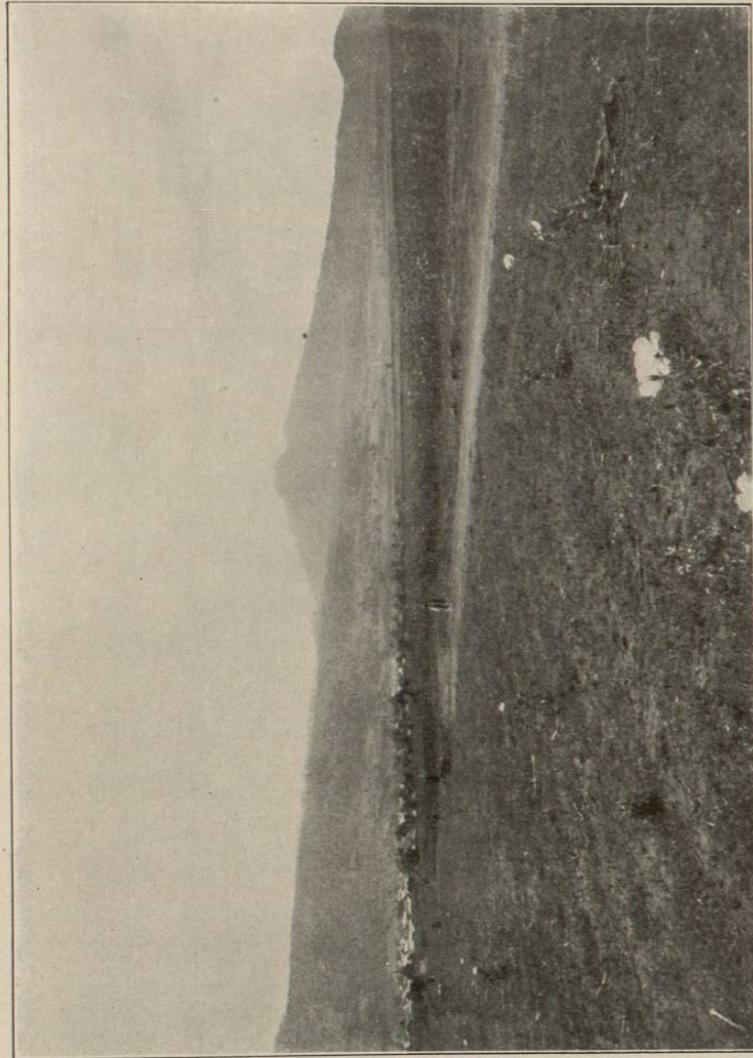


CAPÍTULO XXIII

PARACHO—TALENTO MUSICAL DE LOS TARASCOS—LEYENDA TARASCA—
CHERÁN—ESCASA INFLUENCIA DE LOS BLANCOS—EL PRESIDENTE
—LO QUE PUDE OBTENER—UN CURA VALIENTE—VISITA Á UNA
YÁCATA—EXCAVACIONES—JUNTO AL PELIGRO—UN AMIGO NECESI-
TADO—EL INTERIOR DE UNA YÁCATA—COLEADERO—REGRESO Á
ZACAPU.

EL 18 de setiembre me despedí de los benévolos habitantes de Parangaricutiro y el mismo día llegué á Paracho. Este nombre, formado de la palabra tarasca *parani* (envolver), significa calzones, y probablemente se deriva de los que usualmente se ponen los habitantes. Al principio de nuestra jornada nos fue muy difícil avanzar por aquel camino, pues desde el plan de Tierra Caliente, el suelo, formado de arena y barro, se había puesto por la abundancia de las lluvias en extremo resbaladizo, pero la superficie se vuelve á secar en pocas horas.

Paracho se halla en el corazón de la región tarasca, pero habiéndose mezclado mucho sus naturales con los blancos, se encuentran mucho más civilizados que los de Parangaricutiro y han perdido casi por completo sus antiguas costumbres. Existe el suficiente comercio para que se haya constituido á dicho lugar en capital de la Sierra, bien que por su exterior no llama la atención del visitante. Su situación en una llanura expuesta á los crudos vientos de las montañas es desfavorable, pero sus alrededores son deliciosos como en toda la Sierra. Tiéndese casi al pie del alto cerro de Cuitzeo, llamado en tarasco Tarestzuruan, "Cerro de los Antiguos" (tarés), y hay otras eminencias



Paracho, con el cerro de Tarestzuruan en el fondo.

cubiertas de pinos rodeando el paisaje, cuyos nombres recuerdan la historia antigua de los tarascos.

Dícese que los indios de Paracho llegaron originariamente de Zamora, de donde fueron arrojados durante la conquista de Michoacán por Nuño de Guzmán. Llamáronlos *tecos*, palabra que, según mi informante, significa *uñas de los dedos* (*tæki*), aludiendo al hecho de que tenían las uñas pintadas de añil, porque su principal industria era la tintorería. Si mi informante estuvo en lo justo, hay todavía en Zamora un barrio nombrado Teco, cuyos habitantes tienen actualmente uñas azules debido á que son tintoreros de añil.

La primer parte donde los inmigrantes se pudieron detener fue en el Mal País (así designado por lo volcánico del terreno), á tres leguas de Paracho; pero después se establecieron en la presente ciudad. Paracho es triste y sus calles parecen desiertas. La gente anda con negligencia, hablándose en voz baja y sin energía para oponer la menor objeción á nada; pero, como todos los tarascos, es inteligente é industriosa. Lo que particularmente fabrican son hermosos rebozos azules con bordados de seda figurando pájaros y animales. El costo de algunos de ellos pasa de treinta pesos. La ciudad es igualmente famosa por sus artísticas fajas, así como por sus guitarras, algunas de las cuales, verdaderos y bonitos juguetes, sólo tienen algunas pulgadas. Todos son ahí músicos y tienen su guitarra, como en Italia. No hay, en efecto, en el Estado de Michoacán quien rivalice con los indios de Paracho en este punto. El director de orquesta, tarasco de pura sangre y oscura piel, es un compositor de mérito nada escaso. Toca, según las propias palabras del cura, cualquier instrumento que se le dé. Aun en los más pequeños pueblos tarascos encuentra uno por lo menos dos bandas, una de música de viento y otra de instrumentos de cuerda, y ambas tocan bien. En todas las fiestas, casamientos y

entierros, se acostumbra contratar á todos los músicos disponibles. La música tarasca es característicamente triste y quejosa. Para aquella gente no existen los aires alegres, y ante un scherzo ó un rondó permanecerían del todo indiferentes. Me refirió Don Eduardo Ruiz que las mujeres de edad son quienes componen tanto las piezas religiosas como las eróticas de la tribu.



El director de orquesta de Paracho.

Á menudo he podido observar que en toda la República Mexicana no parece haber nadie, indígena, español ni meztizo, que carezca de la percepción musical. En donde quiera ve uno los domingos, y aun una ó dos veces en el curso de la semana, gente bien vestida codeándose con los pobres harapientos, unos y otros reunidos en la plaza para deleitarse con el arte de Orfeo. Esta de-

voción por la música imprime en México al carácter general de las masas cierta gentileza y refinamiento de modales que las distingue favorablemente de la plebe de las grandes ciudades del norte. Hay muchos indios capaces de componer música que cautivaría á cualquier auditorio de personas civilizadas, y el número de composiciones musicales que anualmente producen los mexicanos es mucho mayor de lo que se puede suponer. ¿Quién de los que visitaron la Exposición de Chicago no recuerda con gusto la ejecución musical de la banda mexicana?

El agua es escasa y á menudo salobre en la Sierra. Segun la tradición, las mujeres de Paracho iban antiguamente por ella á distancia de seis millas. Entonces como ahora, acostumbraban las Rebecas ir en grupos, para abreviarse el camino, charlando en su sonora lengua; pero hoy

tienen cerca de la ciudad un pozo cuya poética leyenda me refirió el cura del modo siguiente:

Había una joven llamada Tzitzic (flor), que era sacerdotiza del Sol. Como era muy hermosa, causaba grande admiración á los mozos. Á veces que iba sola por agua, se reunía con su novio, y tanto se entretenían, que á su regreso la regañaban sus padres porque volvía tan tarde. Á pesar de todo, los enamorados continuaban juntándose, y tanto se olvidaron del tiempo cierta ocasión, que le hubiera sido imposible á la muchacha llegar hasta la fuente. Llena de angustia se puso á invocar al Padre Sol, suplicándole que le concediera encontrar agua cerca para no incurrir en la cólera de sus padres. Estando en ello, vio salir un pajarito de entre el zacate, sacudiendo ías alas como si acabara de bañarse y arrojando gotas de agua; comprendió al punto que el Padre Sol le había otorgado lo que le pedía, haciéndola encontrar una fuente, y rebosante de alegría llenó su *lirimacua* y se encaminó á todo prisa á su casa.

Sus padres quedaron sorprendidos al verla tan pronto de vuelta y supusieron que el novio le habría ayudado con el cántaro; pero ella les dijo que no había tal, sino que en el mismo camino por donde hacía muchos años iban las mujeres por agua, había encontrado una nueva fuente. Todas las personas principales acudieron á oír el maravilloso relato y fueron á visitar el manantial donde abrieron un pozo de doce varas de hondo, que hasta el día constituye para la ciudad su principal depósito de agua. Hállase situado al este de Paracho, á menos de una milla del centro, y los habitantes lo llaman Queritziaro (*quer*=grande; *itzi*=agua; *aro*=donde hay); en otras palabras: "La gran fuente."

Si la joven tarasca hubiera sabido la historia de Josué, hubiérale también pedido al sol que se parara. Pero ¿quién de ambos invocó su divina ayuda con más noble

propósito, el guerrero que quería vengarse de su enemigo, ó la doncella que sólo trataba de conciliar su amor con su deber filial?

La ciudad de Cherán (*cheri*=arenal) con sus curiosas casitas de madera, se halla pintorescamente situada sobre una alta pendiente en medio de las montañas. Aunque



Calle de Cherán.

el clima es mucho menos húmedo y más benigno que en Paracho, pueden desarrollarse intermitentes en las personas que no se atienden pronto un resfrío. No es grande la distancia entre Cherán y Paracho, pero se advierte entre ambos lugares tanta diferencia, en todos respectos, como si estuviesen separados por centenares de millas. De los 8,000 habitantes de Cherán, sólo unos cuarenta serán mexicanos y han tenido que aprender la lengua de los indios,

de tal suerte que no se oye hablar español en las calles. Un mexicano que visitó una vez la ciudad, decía que le había sucedido como si se encontrara en una población inglesa, por lo ininteligible que le era la lengua.

Las mujeres todavía usan su traje nacional. La enagua pesa unas veinticinco ó treinta libras y consiste en una larga tira de tela negra que se envuelven al rededor, reteñiéndola por la cintura con una faja artísticamente tejida. El material favorito para los collares es allí, como en todos los pueblos tarascos, el coral. El bello sexo es muy vergonzoso y cuando una muchacha ve en la calle á algún extraño, entra al punto en su casa.

La gente, especialmente las mujeres, es muy trabajadora. No se encuentran mendigos. Todos tienen lo suficiente para comer y tiempo de que disponer, pues han conservado la posesión de sus tierras. Algunos siembran mucho maíz y acumulan dinero, pero no piensan en las comodidades de la vida civilizada. No abrigan absolutamente ambición de ser otra cosa más que indios. Cuando allí estuve, el hombre más rico del lugar, que era indio puro, poseía como \$100,000. Levantaba cosechas anuales por valor de \$2,000, en tanto que sus gastos escasamente excederían de ciento cincuenta á doscientos pesos. Era el alcalde, aunque no sabía leer; su media docena de hijos habían estado en la escuela y le ayudaban en sus negocios.

Como en todas las comunidades donde vive la gente aferrada á sus viejas costumbres, los extranjeros son allí mal queridos. Por mi carta de presentación para el presidente municipal, me esperaba que me alojaría en su casa moderna y un tanto pretenciosa, atendiendo á que el mesón de Cherán era muy miserable; pero no tenía cuarto que ofrecerme porque estaba haciendo reformas en las habitaciones. Puso á mi disposición una troje suya que llamaban pomposamente, el mesón de Don Sebastián. No habiendo nada mejor, me instalé en el típico alojamiento

tarasco, donde no había más luz que la que entraba por la puerta. En el desván del cuarto había algunos criados desgranando maíz, y los olotes que continuamente estaban cayendo eran roídos ávidamente por los ratones que no cesaban de correr por el suelo. En un ángulo del cuarto estaba alojado el nuevo secretario del amo, y en la troje de enfrente vivía una vieja que debía hacerme de comer.

La siguiente mañana, estando Don Sebastián correspondiéndome mi amistosa visita, se presentó un grupo de indios con un asunto urgente. Fácil me fue ver que algo los tenía exitados, y en efecto, según Don Sebastián me contó, la noche anterior se había quedado dormido, en el alto mirador donde ponen los tarascos á los encargados de cuidar las siembras, uno de dichos vigilantes, y al "primer canto del gallo," esto es, al amanecer, se había caído ocasionándose la muerte. Con tal motivo, iban el hermano y la viuda del desgraciado hombre á pedir permiso al alcalde para el entierro.

Todos aquellos años había estado viajando por México en busca de esa oportunidad, que al fin se me presentaba como por sí misma. Algunos sabios de los Estados Unidos, amigos míos, me habían recomendado con encarecimiento que les consiguiese el cuerpo de un indio, y aun uno me había provisto de los medios convenientes para conservar bien el cadáver; pues el examen científico de éste daría sin duda á conocer muchos hechos interesantes respecto á la estructura del cuerpo humano. Aunque bien sabido me era lo poco que se logra de los indios con la festinación, considerando el caso de urgencia supliqué á Don Sebastián, que indujese á los deudos del muerto á facilitármelo mediante una buena recompensa; pero ellos se rebelaron ante semejante idea, especialmente la viuda que exclamaba con firmeza: "¡Nombre, nombre!" (No, no!).

Viendo que nada se obtendría por medios directos, me apresuré á ver al cura, á quien presenté las cartas de intro-

ducción que para él llevaba. Era hombre de espíritu amplio y muy inteligente, de suerte que cuando le expuse mi pretensión, no vio en ella nada indebido y me prometió poner cuanto estuviera de su parte en mi favor. Con esto creí ganada mi partida, y volviendo al mesón, persuadí al presidente á que ensillara su caballo para acompañarme á casa de los dolientes, pero fácil me fue advertir en el camino que se había olvidado de armarse de valor, pues cuando desmontamos frente á la casa, dijo en español á uno de los indios que estaban fuera: "Este señor quiere comprarles al muerto; pero creo que ustedes no lo quieren vender ¿verdad?" con lo que me descubría su actitud desfavorable á mi proyecto. Si el alcalde hubiera sido tan ilustrado y animoso como el cura, mucho se hubiera ganado ese día para la ciencia.

Sin perder todavía la esperanza, me abrí paso entre el numeroso concurso de estópidos y obstinados indios allí reunidos, y entré en la casa para ver el cadáver que encontré tendido en medio de la pieza y rodeado de velas encendidas, á la usanza católica. Era un magnífico ejemplar de su raza; pero ni el dinero ni argumento ninguno me valieron un ápice. Molesto por tan inquebrantable resistencia, hubo momento que pensé telefonar á las autoridades pidiéndoles que expidiesen una orden perentoria á fin de que me entregasen el cuerpo; mas acaso fue mejor no haber extremado las cosas, pues, aunque por entonces no lo sabía, aquellos tarascos de la Sierra, una vez encolerizados, muy capaces hubieran sido de convertirme, á mí ó á cualquiera otro extranjero testarudo, en cadáver. Aun así, tanto los predispuso en mi contra el incidente, que todo lo que duró mi permanencia entre ellos tuve que hacer frente á una continua oposición y hasta llegaron á amenazarme con daño corporal. Mi empeño, sin embargo, no cedía al suyo, y ya que había fracasado en la adquisición del cuerpo, necesitaba conseguir, cuando menos, algunos cráneos de la